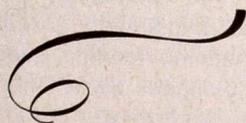


ritmo de ellos, distinguían perfectamente a qué calidades humanas y jerarquías se sonorizaba el recuerdo. El toque de niño o niña tenía, y acaso persista, denominación especial; se le denominaba dinde, y traducida su sonoridad a léxico, se decía Chi-chi-pan; Chi-chi-pan, es decir; dos toques con campanita de sonido agudo, y uno con campana de sonido medio. Los toques de Obispo y Papa, por más ceremoniosos y complicados, siempre los ejecutaba Miguel el campanero.

La familia de Miguel, mujer e hija, ésta en adolescencia adelantada y ya maravillosamente guapa, belleza que cuajaría espléndida en su mocedad, nos acompañaban y dirigían cocinerilmente en estas fiestas. Aunque por los cuatros laterales de la torre donde cuelgan las campanas, entraba a veces buen cierzo, lo contrarrestábamos con la gran fogata que teníamos en medio, que nos servía para cocinar nuestras provisiones, y constantemente el asado de castañas o calbote, de lo que hacíamos gran consumo por ser típico y muy de nuestro gusto. Si en algún momento, alternativamente, nos apuntaba el sueño, lo conciliábamos tendidos sobre una losa, bajo las campanas, sin que el constante retumbar de éstas nos lo dificultara. ¡Dulce cansancio de la inocencia!

Ya en esos días no suenan constantemente las campanas en recuerdo y homenaje indiscriminado de los muertos que fueron. Hoy enmudecen por comodidad de los vivos, porque sin duda les complace más el sosiego y aún los olvidos. Ya se dijo en una zarzuela; los tiempos cambian que es una barbaridad.



¡Qué agitación de puñales!

¡Qué agitación de puñales
 en tu pechera florida!
 ¡Qué lanzas de fuego hieren
 mi sensibilidad dormida!
 ¡Qué picachos se levantan
 de tu cornisa en las cimas;
 qué pasiones amamantan
 en la noche que declina!
 Puñales de amor, puñales,
 son tus claveles dormidos,
 flores del mal seductoras
 que acechan en mi camino.
 Cuando a la mañana vienen
 sus ensoñados hechizos,
 un arrullo de leones
 me despiertan los sentidos.
 Qué vértigos. En las cumbres
 de mi cuerpo escalofríos;
 ¡cuántas fogatas de lumbres
 se desbordan en mi río.

Celestino FERNANDEZ DIAZ